

II.

EL SACO DE ROMA Y LA CORONACIÓN DEL EMPERADOR CARLOS V.

DOMENICO ORANO: *Il Diario di Marcello Alberini*. (1521-1536) (1).

El asunto de que principalmente trata este folleto, de cuyo examen y noticia me ha encargado nuestro digno Director, es el asalto y saco de Roma verificados en 1527 por el ejército imperial. Porque, si bien abarca desde el año 1521 al 1536, son tan vagas, sucintas y conocidas las noticias que fuera de aquel famoso suceso contiene, que en verdad no merecen especial mención.

No son tampoco de gran interés y novedad las que al saco de Roma se refieren; mas las circunstancias de tratarse de hecho tan principal, y ser el autor testigo de vista, avivan la atención y despiertan la curiosidad.

Para aguilatar la veracidad de su relato conviene, ante todo, tener presente que Marcelo Alberini era casi un niño en 1527; que toda su familia era acérrima partidaria de Clemente VII y de Francisco I, hasta el punto de apellidar á éste «re e liberatore nostro»; y que el padre del autor no sólo experimentó considerables pérdidas con ocasión del saco, sino que fué hecho prisionero por el ejército cesáreo, sufriendo tantas penalidades y amarguras, que á consecuencia de ellas falleció poco tiempo después. No es extraño, por tanto, que con tales antecedentes y con el recuerdo de estas desventuras se desate el autor en improperios y ultrajes contra el César y sus tropas, y que sea su relación parcial, incompleta y en algunos puntos inexacta.

No el nombre de soldados, dice, sino el de ladrones merecen los que militaban en aquella turba carlesca, enemiga de Dios y de su Iglesia. Fueron peores que moros, turcos y otros bárbaros. Los ladrones de Carlos no guardaron respeto á nadie. Llama á Adriano VI hombre bárbaro, pedante ó pedagogo de Carlos V, y

(1) Estratto dall' *Archivio della R. Società Romana di storia patria*. Voll. XVIII e XIX.

añade que si por otro concepto fuese digno de alabanza, lo es de eterna infamia por haber sido preceptor de semejante discípulo, al que juzga indigno del nombre cesáreo é imperial.

Refiere las disensiones y enemistad que desde la muerte de León X existían entre el Pontífice florentino y el cardenal Pompeo Colona, y cómo Clemente VII, elevado al pontificado, llevó su rencor hasta privar del cardenalato á Colona. Habíase contactado el Papa en un principio en el partido imperial; mas después, bien porque los florentines, y más aún la familia de los Médicis, fuesen amigos de Francia, bien por vengarse del Colona, que era decidido cesarista, se inclinó á la alianza francesa. Unidas con este motivo las fuerzas de los Coluneses, que eran muchas y muy potentes, dieron harto que hacer al Pontífice y á sus partidarios, que en Roma sobre todo no gozaban de popular prestigio. Los Coluneses fueron, según Alberini, los que estimularon al Duque de Borbón, general en jefe del ejército cesáreo, á venir sobre Roma. Parecíale á Borbón la empresa difícil, mas los Coluneses se la pintaban como muy fácil por las parcialidades en que la ciudad eterna estaba dividida, por el odio que al Papa y á sus ministros generalmente se tenía, y por el escaso interés que en su defensa mostraban sus habitantes.

El ejército imperial sin pagas y sin víveres, amotinado y furioso clamaba por el saco de Florencia ó de Roma y avanzaba desde Lombardía al centro de Italia. En tan críticas circunstancias, creyó Clemente VII alejar todo peligro, concertando una tregua con el virrey de Nápoles, Lannoy. Confiado en ella, no tomó las disposiciones debidas para defender á Roma, sin tener en cuenta que ni Lannoy tenía autoridad sobre Borbón, ni éste sobre el ejército. Envió Lannoy á César Feramosca en su nombre para contenerlo y hacer respetar la tregua, y en poco estuvo que fuera por las tropas despedazado; las mismas órdenes de Borbón no eran acatadas ni obedecidas; siendo los verdaderos jefes los doce electos ó diputados del mismo ejército. Logró Florencia evitar el peligro que la amenazaba, y no hubo ya esperanza alguna para Roma. Coligado el Papa con Venecia, fué nombrado capitán de la liga el Duque de Urbino, á quien Alberini censura con dureza por no haber sabido alejar á los imperiales de Roma. Pre-

cipitadamente reunió Clemente VII alguna gente para la defensa de la ciudad; poca, porque en ella la menor parte de sus moradores eran romanos, y los más, advenedizos y aventureros, y dió el mando de ella á Renzo da Ceri, guerrero peritísimo, pero poco respetado y obedecido de los suyos. Además el Papa había prohibido con nuevos edictos y bajo severas penas que llevasen armas sus habitantes para tenerlos más sometidos. El gobernador era el obispo Rossi, hombre riguroso y cruel, y por ende muy temido del pueblo; desempeñando otras magistraturas romanas personas de poca autoridad y crédito, plebeyos casi todos, por el temor y desconfianza que el Pontífice tenía de los nobles.

Opinaban algunos romanos que se enviasen embajadores al Duque de Borbón para concertar algún trato y entretener ó alejar al ejército cesáreo. Tenían otros por mejor solución destacar algunas masas de caballería por la campiña para que los imperiales no se atreviesen á asaltar la ciudad por temor á aquella fuerza. A lo uno y á lo otro se opuso Renzo da Ceri, por parecerle lo uno poco decoroso para el Papa y para la ciudad, y muy expuesto y peligroso lo otro; propuso romper los puentes, cuyo parecer fué desechado, y se decidió á aguardar al enemigo en las murallas y esperar allí auxilios y refuerzos.

Por fin al amanecer del lunes 6 de Mayo asaltó el ejército imperial el Burgo por la parte que hay entre San Spíritu y la muralla del Papa Nicolás V, que era el punto más débil y accesible, tomándolo con grandes pérdidas de los defensores. «Allí murió (exclama) el Duque de Borbón, capitán y guía de los enemigos, y acaso Dios quiso castigar por nuestras manos su grande iniquidad y audacia antes que viese nuestro estrago y esterminio.»

Corrió á tropel la gente del Burgo á refugiarse en el castillo, sin poder éste defenderse por no herir indistintamente á propios y enemigos que confusamente revueltos llegaron hasta sus puertas.

Tomado el Burgo, no se acudió prontamente á la defensa de la ciudad, porque muchos de los defensores, viendo caer herido al Duque de Borbón, desampararon sus puestos de la muralla y corrieron por toda la ciudad gritando «¡Victoria! ¡victoria!» produciéndose la consiguiente confusión. El enemigo, como vetera-

no en la guerra, añade el autor, al notar este abandono y encendido en ira por la desgracia de su caudillo, avanzó más enérgicamente y entró en Roma en el mismo día.

«Yo que apenas salía entonces de la infancia estaba con la candidez de mis pocos años mirando desde la terraza del palacio de San Lorenzo in Damaso el esforzado asalto de los enemigos y la escasa resistencia y poco valor de los nuestros.» Desahógase luego el autor en retóricas declamaciones, invocando los manes de los antiguos capitanes romanos Cincinato, Camilo, Fabio Máximo y otros no menos ilustres, y á seguida refiere la prisión de su padre. Habíase éste consagrado en sus buenos años al ejercicio de las armas, y viendo el sábado 4 de Mayo que no quedaba recurso alguno de defensa, por ser pocos los romanos y la más gente de Roma vagabundos de diversas naciones, estando prohibido el salir fuera de la ciudad y sufriendo los que salieron de ella poco antes del asalto rudos ataques de los inicuos villanos circunvecinos, que de tiempo inmemorial tenían envidia y rencor á los de Roma, acechándolos á su paso como si fueran fieras para cazarlos, determinó refugiarse en casa de un pariente suyo llamado Picchio, creyendo que por ser del partido de los Coloneses estaría allí más seguro. Mas sabedor de que no había tampoco en aquella vivienda la seguridad que buscaba, se fué con su mujer é hijos á la de su compadre Bernardo de Riete, abogado consistorial y agente del cardenal Colona. Como todas, fué aquella casa presa de la rapiña de los soldados, siendo hecho prisionero por ocho de ellos, que le impusieron de rescate 400 escudos. Lloróle la familia por muerto durante algunos días, y más aún cuando por la ventana de la calle vieron á uno entre muchos muertos que se le parecía bastante. En esta ansiedad mortal estuvieron hasta que por los mismos soldados pudo su padre enviarles noticias suyas. El jueves 9 de Mayo entró en Roma el cardenal Colona con Vespasiano, Ascanio y otros Coloneses, y para estar más juntos y defendidos se alojaron todos en el palacio de San Lorenzo, que por esta causa fué refugio de muchos. El mismo Cardenal recomendó á los soldados la suerte de su padre.

Una pestilencia horrorosa se desarrolló en la ciudad, llena de cadáveres insepultos y de inmundicias pestilentes, ocasionando

muchas muertes y entre ellas las de varios individuos de su familia. Al mismo tiempo el hambre era intolerable, guardando cada cual en su casa lo poco que quedaba y escondiéndolo precipitadamente cuando los soldados llamaban á la puerta.

Iba el autor todos los días á ver á su padre en la prisión, y para procurar éste su rescate con más facilidad quedábase en su lugar como en prenda. Ni con vender una casa, ni apelar á otros extremos recursos, pudo reunir la suma antedicha. Gravemente enfermó el autor, y su padre murió agobiado de pena y de miseria.

A partir de este punto son ya escasas y de corto interés las noticias históricas que Alberini inserta en su *Diario*, mezcladas con otras muchas particulares en que relata las vicisitudes suyas y de su familia.

Refiriendo la coronación del Emperador dice que Clemente VII procuró que no viniese para celebrar este acto á Roma, por hallarse esta ciudad toda en ruinas y maltratada por los satélites de S. M., confiando más del pueblo y ciudad de Bolonia: y cuenta que cuando el mismo Pontífice supo la muerte del cardenal Colona exclamó: «Ahora sí que podemos decir que somos Papa.»

El editor Domenico Orano ha ilustrado con eruditas notas el *Diario* de Alberini; y aunque desconoce algunos trabajos modernos sobre el mismo asunto, es digno de aplauso por haber dado á conocer este nuevo texto, si muy personal y declamatorio en su narración, no escaso de curiosos detalles y atinadas observaciones.

Bien creo que la Academia me permitirá que aprovechando la oportunidad, dé á conocer otra relación sobre el mismo asunto, mucho más interesante, completa y exacta que la anterior, y procedente como ella de un testigo ocular, ó mejor dicho de uno de los actores principales de aquel sangriento drama.

En la *Genealogía y historia de los heroicos hechos... que dentro y fuera de su patria han tenido los Barones y Condes de la Casa y apellido de los Queuenhillers*, escrita por el barón Francisco Christobal Queuenhiller de Aichelberg, teniendo á la vista la correspondencia y relaciones de estos ilustres señores, conservadas

en Viena en el archivo de tan egregia casa, cuya obra manuscrita adquirió no há mucho esta Corporación, se halla el relato de esta memorable jornada; en la que figuró Ludovico Queuenhiller (1) como cabo de mil y quinientos infantes. Él fué, según en esta historia se confiesa, el que sin saberlo mató de su mano al cardenal Santiquatro, y sacados de sus cartas son sin duda la narración y preciosos detalles, muchos de ellos ignorados, de aquel ruidoso suceso. Su directa intervención en él; su noble origen; su elevado cargo; su reconocida ilustración; la imparcialidad que se advierte en sus noticias, dan á este relato tal carácter de interés y autenticidad, como pocos de los que de aquel tiempo se conocen.

Dice así:

«A los principios del año de 1527, el Papa, desconfiado de hacer paces con el Cesar y desechando qualquier trato dellas, proveyó de trigo, bastimentos y dineros á los confederados y se juntó de nuevo con ellos, y habiendo enviado el Francés al Conde de Vaudemon con algunas compañías, juntos todos acometieron el reino de Nápoles. Tomaron á Salerno, el castillo Caetano, á Castello marino con su fortaleza, á Torre Greca, á Surentino, á Siciliano, á Taglococio, con algunos otros lugares y castillos de aquella comarca, con tanto ímpetu y felicidad, que Hugo de Moncada, que estaba por el Cesar con guarnicion en Nápoles, aunque llegaban haciendo correrias los enemigos hasta las puertas, no se atrevia á resistirles.

Este ardor bélico de los confederados breuemente se entibió por culpa del Pontífice; porque por su descuido y negligencia comenzaron á padecer falta de mantenimientos y á faltar el dinero que auia ofrescido, y á esta causa hubieron de retirarse hasta Pípero. Empedia la felicidad y sucessos prósperos con que habian comenzado, el no enviar el Francés el socorro que habia ofresci-

(1) Ludovico Queuenhiller de Aichelberg, segundo de este nombre, hijo de Agustín Queuenhiller y de Susana de Weispriach, nació en el año 1502, un viernes, inmediato al día de San Martín. Crióse con sus padres hasta la edad de diez y seis años. Pasó luego á estudiar á Italia; pero más inclinado á las armas que á las letras, dejó estas por aquellas con harto sentimiento de sus padres. Asistió á la batalla de Pavía, siendo herido en ella.

do. El entrar en la liga el Rey de Inglaterra seruia mas de autoridat y nombre que de provecho y utilidad para los confederados. Viendo estas cosas los Venecianos, pagaban tarde y mal á los soldados; por lo qual les quedaba á los confederados poca ó ninguna esperanza de acabar lo que auian comenzado con feliz suceso. El Pontífice muy á tiempo determinó concertarse con el Cesar, que le solicitaba y apretaba grandemente, desconfiando de los Franceses y confederados. Estaban á esta sazón en Roma Cesar Ferramusca y Serenosa que los auia imbiado Lanoy, virrey de Nápoles. Estos, pues, hicieron treguas con el Pontífice por tiempo de ocho meses, para en este tiempo ofresciendose ocasion, redundassen en paces. Las condiciones de las treguas fueron que el Pontífice diese sesenta mil escudos de oro para pagar los soldados del Cesar; que quedase al Emperador el derecho y posesion que tenia del reino de Nápoles; que volviese á Pompeyo Colona á su antigua dignidad y estado; que se diese tiempo determinado al Francés y Venecianos para si querian entrar en las treguas; y entrando el Rey de Francia y Venecia en ellas, que el Cesar hubiese de despedir toda la soldadesca alemana que tenia en Italia; y no queriendo entrar les mandase á los Alemanes que no entrasen en tierra del Pontífice ni de Florentines; que el Virrey Lanoy fuesse á Roma á confirmar estas condiciones. Concluidas y firmadas estas cosas dichas, los unos y otros retiraron sus exercitos y armadas de mar (y) restituyeron los lugares ocupados. El Pontífice con poca consideración y menos cordura despidió luego su ejército y se desarmó más presto que convenia. Pensaba ciertamente que Borbon movido de la autoridat de Lanoy y de las treguas hechas, no auia de ir contra Roma, y que Cesar Ferramusca con el dinero del Pontífice auia de sosegar á Borbon y á su gente. Todo sucedió al reués de lo que pensaba, porque el dinero no bastaba para dar la paga de dos meses al ejército, pareciendo esta cantidad muy poco á los capitanes y soldados, perseueraron en continuar la guerra, comenzaron á robar y talar los campos de Bolonia.

Lleuaba mal Borbon las treguas y aborrecia la paz. Incitabale á que hiciese guerra al Pontífice y acometiese á Roma la solicitud del duque de Ferrara, que secretamente acudia á Borbon y á

su ejército con las cosas necesarias; porque aun no de todo punto se auia acabado el antiguo odio que tenian contra algunos Pontífices Romanos los Duques de Ferrara. El Marqués del Vasto, que iba con Borbon, viendo que los soldados contra el tenor y acuerdo de las treguas iban contra Roma, desamparando su gobierno y cargo se fue á Nápoles, donde estaba el Virrey Lanoy, y ambos á dos lleuaban mal que Borbon no hiciese caso de las treguas. Dos veces el Virrey le imbió mensajero á Borbon pidiendole que las guardase, pero faltó poco que los soldados no matasen á los que lleuaban las cartas. Por lo qual á tres de Abril Lanoy, que iba á Roma, se detuvo en Florencia á tratar con los Embajadores de Borbon cara á cara de las treguas, ofreciendo entre tanto al Pontífice, que se creía de ligero, muchas cosas y buen despacho.

Al cabo viendo el Pontífice que Borbon ni respetaba á Lanoy ni á él, ni hacia caso de treguas, y que marchaba via recta á Roma, encargó á Rençio Ceritto el cuidado de la ciudad, y esforzó y animó á los Romanos para que tomasen las armas, pidiendoles dineros con que alistar gente de socorro; pero resoluiéndose tarde y previniéndose lo necesario para la defensa con poco calor y lentamente sin auer aparejado cosa alguna para la defensa de la ciudad y muros.

A cinco de Mayo pareció Borbon á la vista de ella y assentó sus reales; el dia siguiente al amanecer la asaltó, y viendo que los Alemanes peleaban floiamente, para animarlos más, arrebatando una escalera, la arrimó al muro, y el primero subió á él y començó á pelear ençima con mucho brio, pero al primer ardor cayó muerto, atravesada la cabeza y pierna de dos balazos. Hallose muy cerca dél Filiberto de Chalon, principe de Aurange, que cubrió el cuerpo muerto con una larga capa, disimulando su muerte, porque los soldados no se retirasen y turbasen con su muerte. Sucedióle aquella manera de muerte que él pocos meses (antes) se auia pronosticado, echandosela como por maldicion; porque rogandole los Milanese que pusiese fin á tantos trabajos como padecian, él les ofreció que les sacaria de la ciudad el ejército, si le daban treinta mil escudos de oro para pagar los soldados; y aunque estaban muy pobres y consumidos, se ofresçieron

a darselos si lo cumplia assi y no les faltaba á la palabra engañandolos como otras veces auia hecho. A esto respondió Borbon: «Si tal hiciere y no cumpliere mi palabra, en la primer batalla que entre me quite la vida un balazo.» Recibió el dinero, mas no cumplió la palabra, y en la primera batalla que entró, que fue este assalto de Roma, quedó muerto de un balazo.

Habiendo peleado casi doce horas los soldados viejos, al cabo dellas los Alemanes y Españoles ganaron los arrabales, y desde allí entraron en la ciudad. Fueron capitanes de los Alemanes George de Fransperg, Rogendorf, Pemelvergio y Ludovico Quenenhiller, que era cabo de mil y quinientos infantes. Al primer acometimiento y furia mataron á los Cardenales Santiquatro, Ursino y de Cersis y al hijo de Roque (1) de Cherri. Ludovico Quenenhiller, con su pié de palo, sintió muchísimo el auer sabido que él mismo por su mano auia muerto al Cardenal Santiquatro.

Murieron con Borbon mil hombres, y tanto en el asalto como en la entrada de Roma mataron quatro mil ciudadanos romanos. Las cosas divinas, iglesias, casas y edificios y riquezas de Roma, quedaron para despojo de la cobdicia de los soldados, degollando con grande crueldad y tormento á los niños, viejos y mujeres, executando su crueldad y rabia en quanto encontraban. El Pontífice con mucha gente, no pudiendo huirse por falta de consejo, con otros muchos fue causa de que le cercasen en el castillo de Sant Angelo, donde estuvo sitiado un mes entero, aguardando aunque (2) el socorro que nunca vino de los confederados.

Al cabo se concertó con Lanoy, que estaba en Sena con el Príncipe de Auranje, que los soldados viejos le auian nombrado por Capitan en lugar del Borbon con el del Vasto, Moncada y Alarcon que hauian venido de Nápoles á toda priessa, se conuino con estas condiciones: Que el Pontífice á ciertos plazos diesse quarenta mil escudos de oro para pagar los soldados, y luego de contante diesse los diez mil. Con trece Cardenales estubiesse preso en la torre de Adriano, que agora se llama el castillo de San

(1) Sic. Sin duda por Renzo.

(2) Por aún, todavía.

Angelo hasta que se hiciese la primera paga y se pagase el primer tercio, despues se fuese á Nápoles ó Gaeta hasta aguardar el orden del Cesar. Despues desto conuenido assí, entró en el castillo don Fernando de Alarcon con tres compañías de Alemanes y otras tres de Españoles; puso en apretada custodia al Pontifice y Cardenales, dejando salir libres á los demas que (1) estaban en Neapoles, y no haciendo caso de los mandatos de sus Capitanes procuraban acabar con lo póco que auia quedado en la ciudad. Andaban robando y saqueando la ciudad ocho mil Españoles, doce mil Alemanes, quatro mil Italianos, todos de á pié. Procurando Lanoy y el del Vasto sacarlos de la ciudad, se alborotaron de suerte que los quisieron matar y apenas pudieron escaparse huyendo de sus manos. Quedose en la ciudad viviendo á su gusto y sabor de su paladar el insolente, auaro, luxurioso y torpe ejército, sin respetar á sus capitanes ni guardar disciplina militar, donde se alojó por ocho meses continuos, aunque andaba entre ellos muy encendida la peste.

Despues de siete meses de prision, el Pontífice Clemente fue puesto en libertad, procurandolo Pompeyo Colona y Gerónimo Moron, con quien poco antes auia hecho las amistades volviendolos á su gracia, y no solamente mandó el Cesar que se le restituyese quanto le auian tomado, sino que dió orden que se le fauoresciesse y socorriese con dinero.

Al fin del mes de Julio, Henrico octauo, rey de Inglaterra, y Francisco rey de Francia, hicieron liga contra el Cesar, en la qual acordaron que el Francés alistasse gente de á pié y á cauallo, y el Inglés diese cada mes el dinero necesario para pagar la gente que auian de imbiar á los reales de los confederados de Italia. Nombraron por Capitan general á Francisco Odetto, señor de Lotrech, que con buen ejército passó en Italia y fue al ejército de los confederados, esperando cada dia más gente que venia marchando, Franceses y Tudescos. Auiedo echado de Bosido á Ludouico Lodronio le tomó; despues ganó á Alexandria y cercando á Pauiá y batiendo con su artilleria el castillo y murallas,

(1) Parece que faltan aquí algunas palabras.

degollado el presidio y preso el capitán dél, á la fin de Septiembre la ganó. Antonio Leiva se estaua dentro en Milan, donde Borbon quando partió á Roma le auia dejado, por tener poca gente, que no eran mas de doscientos cauallos y tres mil infantes.

En Roma se estaban aun viuiendo licenciosamente los soldados del Cesar, que moidos de la felicidad de Lotrech, satisfechos y cargados de despojos, ahitos de vicios y mujeres, llenos de vino y colmados de oro, auiendoles dado, á más de lo que auian robado, el Marqués del Vasto, á cada uno dos escudos de oro, se sujetaron á los mandatos de sus Capitanes, saliendo de Roma, adonde Ludouico Queuenhiller antes de su partida aumentó su tercio.

Auia muerto por el mes de ottubre en Caieta Carlos de Lanoy, flamenco, virrey de Nápoles: sucediole en el cargo y gobierno Filiberto de Chalou, príncipe de Aurauje, siendo muy mozo, que se dexaba gobernar de Hugo de Moncada, capitán de mucha experiencia, pero hombre terrible y de ingenio distraido.

Lotrech diuidió su ejército para que invernasse en los campos de Bolonia, Parma y Plasencia. Los imperiales Alemanes imbernarón en el Campo Romano, y Ludouico Queuenhiller invernó con su tercio á los límites del reino de Nápoles.»

De la misma obra antes citada es la siguiente curiosísima relación de la Coronación del Emperador Carlos V verificada en Bolonia el 26 de Febrero de 1530. Asistió á ella Wolfgango Queuenhiller (1), y es tan circunstanciada, puntual é interesante, que excede sobre manera en valor histórico á cuantas relativas á este solemne acto se conocen. No vacilamos, por estas razones, en insertarla á continuación como magnífico y justificado contraste del anterior relato.

«La Coronacion se hizo en esta forma. Conuocados todos los Grandes se señaló para la Coronacion un jueves que fue á veinte

(1) Nació en 1495.

y seis de Febrero, en que cayó la fiesta de San Matias apostol, dia feliz por el nascimiento del Cesar y felicísimo en sumo grado por auer sucedido en él la rota y batalla de Pavia. Desde las ventanas de las casas del Ayuntamiento se hizo un pasadizo ó puente de madera sobre columnas de vigas, que desde la plaza atrauesaba la iglesia de San Petroniano y corria hasta la iglesia mayor, todo cubierto de ricos tapetes y adornado de costosas colgaduras, para que sin estoruo de la multitud del pueblo el Pontífice y Cesar fuesseen vistos en la pompa y acompañamiento desta fiesta. Los Embajadores de Modena, que eran los Príncipes Vectio y Paulo Velianio para guardar su antigua prerogativa y preheminiencia auian traido la corona, papeles y libros antiquisimos que se usaban en aquella ceremonia. La corona era de labor tosca al tiempo antiguo, sin puntas ni pirámides; el cerco que siñe las sienes es de hierro, reuestido y adornado lo exterior de oro y piedras.

Dos dias antes que el Cesar recibiese la tercera corona en una capilla particular donde asistió el Pontífice, despues de dicha misa, fue ungido y recibió la corona de hierro y demas insignias imperiales, casi con las mismas ceremonias que poco ha diximos (1). Llearon delante el Cesar para mayor honra el Marqués de Astorga, D. Alvaro Osorio, el cetro de oro; D. Diego Pacheco, marqués de Villena, el estoque dentro de su vaina guarnecida de perlas; Alexandro de Medicis, yerno del Cesar, el mundo de oro con la cruz encima hecha de perlas y piedras ricas; el Marqués de Monferrato la corona de Modena.

Acabadas estas cosas llegó el dia destinado para la postrer corona, y aunque auia llouido la noche, fauoreciendo el cielo esta accion, amaneció claro y sereno. Ante todas cosas pasaron por la puente todos los Cardenales y Obispos con sus mitras y roquetes y todos los sacerdotes con vestiduras moradas. Iba el Papa en silla lleuado en hombros; debajo de rico palio entró en la iglesia. A este tiempo Antonio de Leiva auia ya traido á la plaza toda la infanteria, entre la qual tuvo su lugar y puesto Wolfgango Que-

(1) Se refiere á la coronación verificada en Aquisgram por los Electores.

uenhiller con la gente de su tercio, y assestando hácia todas las entradas de la plaza el artilleria gruesa y assentando en medio las banderas, auia fortificado todos los lugares y puestos con guarnicion de soldados y postas conuinientes.

En este medio, de unas fuentes que con hermoso artificio se auian hecho en la techumbre del zaguan de Palacio, començó á correr por diuersos caños dellas vino blanco y tinto, cayendo de lo alto abundantemente pan cozido sobre los soldados que abajo estaban; y en una ingeniosa máquina que se volteaba con artificio se asaba un buey entero, relleno de cabritos y carneros y de todo género de aues, para que los soldados que estauan en orden y de guarda pudiesen en fiesta de tanta alegría tener á mano mantenimientos con que comiessen y se regalassen. Nunca jamás dende que hay memoria de hombres, á ningun triunfo celebrérrimo ó espectáculo inaudito acudió á una ciudad mayor ni más noble multitud de gente principal que la que á este tiempo ubo en Bolonia. Estaban tan llenos todos los lugares que cayan sobre la plaza, que muchos (marauillandose los que los miraban) estaban muy altos puestos en garitas pensiles; otros estaban en balcones que salian de las casas y en otros lugares muy peligrosos. Era tan grande la multitud de mujeres y muchachos que con deseo de veer la fiesta ocupaban los tejados y azuteas que parecian con el gran peso quererse hundir y venir á tierra. Entre los pilares y pórticos de la iglesia se armaron cadahalsos á manera de teatros con gradas, muy altos para que estuuiesen en ellas damas illustres y señoras principales, deseosas de ser vistas y veer la fiesta á su contento.

Ya el Papa se auia uestido de Pontifical y se adereçaua para decir solemnemente missa, quando el Emperador llegó debajo de palio á la puerta de la iglesia, acompañado de lucidíssima compañía de Príncipes y Señores. Apenas el Cesar auia acabado de passar el passadizo, quando con el peso de la guarda se quebraron las tablas y haciendose la puente pedazos, cayendo miserablemente muchas personas, se hincaron por el cuerpo las alabardas y hachas de la gente de la guarda. Entre otros cayó Alberto Pigio, teólogo flamenco que escribió contra Martin Lutero. El daño fue muy poco en comparacion del alboroto, y facilmente se

pudo entender el peligro grande en que estuvo el Cesar, de la bravosidad que mostraron los soldados en el rostro y la que hicieran, por ser de su natural terribles y feroces, (si) mudandose un poco la fortuna, el Emperador cayera, porque sin duda alguna executarían en la gente circunstante su acostumbrada fiereza. Pero el Emperador sin recibir alteracion, volvió la cara atrás, se sonrió un poco, de manera que pareció agradecer á la fortuna el fauor que entonces le auia hecho ayudandole en todas sus empresas.

Estaban todas las cosas ordenadas á semejança de la iglesia de San Pedro, auiendo puesto nuevos nombres á las capillas para que todo correspondiese á la costumbre antigua sacada de los ceremoniales y pontificales romanos. Acudieron luego al Emperador los sacerdotes romanos á cuyo cargo está decir las horas y diuinos oficios en la iglesia de San Pedro y recibieronle en un altar y poniendole una sobrepelliz le dieron titulo y posesion de canónigo recibiendo por uno de su Colegio. Hecho esto el Cardinal Saluiati le tomó juramento conforme á unas palabras sacadas del mismo ceremonial. En suma, el Emperador juró de muy buena gana ser perpetuo defensor de la dignidad de la Iglesia. De este altar que se llama de las Dos Torres, dos Cardenales diáconos, que fueron Saluiato y Rudolfo, ambos sobrinos del Pontífice, hijos de dos primos hermanos suyos, fueron acompañando al Emperador hasta la puerta de la Iglesia, donde mientras el Cesar, hincado de rodillas hacia oracion, el presbítero Cardenal Picolomini, dixo sobre él algunas oraciones, y acabadas de decir, le lleuó á la capilla de San Gregorio, donde le quitaron la sobrepelliz y le calçaron unas sandalias recamadas de oro y perlas, y vistiendo primero una dalmática, como es costumbre á los diáconos, le pusieron encima un manto. Yendo el Emperador vestido en este hábito salió á él el Cardenal Puchi con mitra y pluuial, y junto á la rueda de pórfido que está en medio (de) la iglesia de San Pedro, se hincó de rodillas el Emperador delante el altar mayor, donde se dixo otra solemne oracion, suplicando á Dios todopoderoso, en cuya mano están todos los reynos, que hiciese su imperio perpetuo y estable y lleno de victorias, honra y santidad... Acabado esto, el Emperador fue subiendo hácia el

altar mayor, donde el Cardenal Inocencio Cibo comenzó á cantar las letanías, y prosiguiendo el coro, se suplicó á todos los Santos y Santas por la Magestad Cesarea. Estaba el Emperador de rodillas sobre almoadas y estrado; el Cardenal Campegio asistia junto á él, el qual por escrito rezó sobre el Cesar una oracion suplicando á Dios que su coronacion fuese feliz y dichosa. De allí el Cardenal Cesar Farnesio, que era Presidente y más antiguo dél, le lleuó á la capilla de San Mauricio, donde desabotonando (le) la dalmática que lleuaba puesta, con deuotas y pias oraciones, que sobre él dixeron, fue ungido con el olio santo en los hombros y brazo derecho.

Despues de acabadas estas ceremonias, solemnemente la música con suave conuento y armonia de voces é instrumentos comenzó la missa cantando á dos coros. Celebrola el Pontifice ayudandole el mismo Cesar revestido de ornamentos y vestiduras sagradas. Fueron tantas las ceremonias y hechas con tanta gravedad y sosiego de los sacerdotes, inflamados de devocion, que por haberse gastado en ellas y en la missa la mayor parte del dia, pudieran aver cansado los más curiosos; pero no hubo este cansancio, porque los circumstantes no se podian veer saciados de mirar tantos Príncipes, Grandes y Señores como se hallaban presentes. No es necesario referir aquí particularmente todas las cosas que allí passaron, porque se podrán veer más á la larga escritas en los libros que se han publicado en memoria de los hechos pontificales.

En este medio los Embajadores de Genoa y Sena comenzaron á alborotarse y tener pendencia sobre los asientos; de las palabras pesadas llegaron á las manos y puñadas. Cesó el alboroto y pendencia mandando el Cesar que los echasen fuera de la iglesia.

La suma desta solemnidad fue que el Papa de su propria mano dió al Cesar las insignias del Imperio Romano, y diciendo siempre una solemne oracion y estando el Emperador de rodillas, le dió el sceptro de oro, que ençima estaba hermozeado de unas flores, para que con él mandase y gouernasse el mundo. Dióle tambien una espada desnuda con que persiguiesse los enemigos de Christo, y assimismo le dió una poma ó globo de oro, significando en ella el mundo, encargandole su gouierno y regimiento

con virtud, valor y constancia. Ultimamente le puso sobre su cabeza una corona de dos altos adornados de ricos y lucientes diamantes, que parecia más mitra que corona. El Emperador deuotamente hincando la rodilla, besando el pié al Pontífice, le adoró.

Hecho esto, vestido el Emperador de un manto triunfal, bordado y recamado de oro y preciosas perlas, fue llevado á que se sentasse no lejos del Pontífice, donde estaba puesta á la mano izquierda una silla de brocado algo más baja que la del Pontífice, y allí fue aclamado Emperador Romano. Auiendo llegado la voz de la aclamacion á Antonio Leina y sus soldados, que estaban en la plaza, mandó disparar toda la artillería gruesa y menuda en señal de alegría; de tal manera que con el terrible estruendo y ruido parecia caerse el cielo, temblar la tierra y arruinarse los edificios y casas. Poco despues el Papa con rostro deuotísimo y humilde y con grande muestra de deuocion santa tomó en sus manos la hostia del Santísimo Sacramento, y auiendo él recibidole primero, comulgó de su mano al Emperador, que antes deuotamente se auia confesado de todos sus pecados.

Acabada la misa, començaron á salir de la iglesia, y á toda priessa los Señores, Graudes y Embajadores pidieron sus cauallos que los tenian aparejados, y auiendo casi en un momento puestose en ellos, començose una regocijada grita, ruido de chirimias, trompetas y atambores. Quando el Pontífice subió á cauallo, el Emperador se puso á pié á la mano izquierda, queriendo humilmente meter el pié del Pontífice en el dorado estribo, pero la humanidad y modestia religiosa del Papa no dió lugar á que el Emperador hiciese este acto de humilldad deuota. Despues los caualleros subieron en caballos blancos, el Papa sobre un turco, el Emperador en un español, entraron debajo el palio, cuyas varas por gran honra lleuaban personas de muy gran calidad, mudandose unos y entrandose otros para que pudiesen sufrir el trabajo y todos participasen de la honra.

Delante iban con marauillosa orden y pompa los criados de los Cardenales, y los Señores y criados de entrambos Príncipes, del Pontífice y Cesar. Tras ellos iban las banderas de los cursores; seguíanse luego siete hombres principales que se señalaron en

armas, sobrevestas y caualllos, y en las galas y plumas y costosos vestidos de los criados y acompañamiento de á pié. Cada uno dellos lleuaba en la mano un grande y hermoso estandarte. Angelo Ranuchi, alferez de Bolonia, que es el oficio más principal de aquella ciudad, lleuaba el primer estandarte, bordadas en él ricamente estas letras y blason LIBERTAD. El segundo era del pueblo y Senado romano: tocó el llevarle por particular prerogatiua de su linage á Julio Cesarino, mancebo de sangre romano. Seguíanse tras ellos Don Juan Manrique, español, y Otrech flamenco. El Manrique lleuó un estandarte blanco en que estaba bordada una cruz colorada; y Otrech lleuó el Aguila del Cesar. Tras estos iban tres estandartes del Papa Clemente: el primero, era de las armas de Medicis; el segundo, de la Santa Iglesia Romana; el tercero, era el estandarte de la Cruz, que algun dia querrá Dios que se enarbole contra Turcos. Lleuaron los tres estandartes dichos, los tres alfereces signientes: Leoneto de Teano, Ludouico Rançon y Lorenço Gibo, capitan de la guarda del Papa. Siguiéronse luego algunas hacaneas hermosas y blancas, enjaezadas y ensilladas rica y costosamente, que lucidos criados lleuaban de diestro y de respeto. Tras las hacaneas iban quatro hermosos mancebos que sobre quatro varas costosamente adornadas lleuaban quatro sombreros colorados del Pontífice. A poco trecho destes iba el Santíssimo Sacramento debajo de palio de oro, metido en una rica custodia y visel de cristal, puesto sobre la silla de un cauallo hermoso, aunque leal y manso. Alumbabanle con diez hachas y una gran linterna que iba delante. Luego iban entremezclados unos con otros los más principales caualleros de todas las naciones con tantas galas y aderezos tan costosos y ricos y con tan grande pompa y acompañamiento, como era raçon en dia de tanta alegría, que querer decirlo y significarlo seria cosa increíble.

No quedó casi en toda Italia persona alguna de calidad que no acudiese á esta fiesta, sino es aquellos á quien la enfermedad tenia impedidos. Todos atentamente miraban desde sus puestos con vista alegre y regocijada aquella hermosa tropa de caualleros Españoles, Italianos y Flamencos vestidos cada uno á su usança y segun su capricho y gusto, con plumas, galas, bordados

y cortos, haciendo una apacible vista la variedad de colores de las sedas y brocados de sus vestidos. Aunque no lucían ni campeaban tanto los vestidos y ropas alemanas; pero lucía y brillaba mucho el oro y piedras de los ricos collares y cadenas que llevaban. Véíase admirables y lucidos cauallos con costosos jaezes y ricas sillas, escogidos y comprados á sumo precio, buscados por sus dueños en todas las provincias del mundo.

Los señores españoles que más se señalaron fueron: don Alvaro Osorio, marqués de Astorga; don Diego Pacheco, duque de Escalona; don Iñigo de Mendoza, conde de Saldaña, hijo del duque del Infantado, que hospedó y regaló tan sumptuosa y magníficamente, que parecía cosa Real, al rey Francisco de Francia, en Guadalajara; don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, hijo del duque de Alba; los condes de Aguilar, de Cifuentes, de Coçentaina y de Altamira; don Francisco de los Cobos, secretario y priuado del Cesar, puesto que dignamente mereció por su ingenio y partes, comendador mayor de Leon. Pero ¿quien podrá contar los demás Grandes, nobles y ricos señores que allí iban? Entre los Italianos campearon más Alexandro de Médicis; Andrea Doria, general y príncipe de la mar; Francisco Esforcia; Ferdinando Sanseuerino, príncipe de Salerno; Federico Gonzaga, duque de Mantua; y Bonifacio, marqués de Monferrato; Pirro Antonio Sanseuerino, príncipe de Bisiguano, y Juan Luis Carafa, príncipe de Stillano. Tras ellos iban los mas principales señores de Flandes: Henrique, conde de Nassau, camarero del Emperador; Felipe de Croy, marqués de Arscot, general de la caualleria; Adriano Rosy, mayordomo del Emperador. Tras estos caualleros iban muchos Embajadores y luego los Cardenales con sus vestidos de púrpura. No lejos de ellos venia el palio y debajo dél los dos mayores Príncipes del mundo: el uno con su tiara ó mitra, y el otro con la imperial corona, entrambas riquisimas por la admirable é inestimable virtud de muchedumbre de perlas y piedras preciosas de que estaban matizadas y sembradas.

Iban sus cauallos tan quietos y con paso tan igual y sosegado que pareçe mostraban tener ingenio y graedad y rastros de conocimientos de los Príncipes que llevaban sobre sí. Delante el palio iba el marqués de Monferrato con una rica ropa y con una

corona adornada de piedras preciosas, que lleuaba el sceptro imperial. Luego iba Francisco Maria de Montefeltro, duque de Urbino, el (qual) por ser Gobernador de Roma lleuaba una dalmática de tela carmesí con un birrete de hechura estraña, que con una cruz de oro labrada se partia por medio, lleuando unas bandas ó penjantes como mitra que le colgaban de ambas partes: este lleuaba la espada desnuda. El globo de oro lleuaba Filipo, conde Palatino, persona de grande autoridad, á quien todos miraban atentamente: lo uno por su hermosura de rostro, disposicion y talle; lo otro por auer valerosamente defendido á Vienna del poder del Turco que la tenia sitiada. Su vestido era una ropa larga de carmesí con mangas estrechas y un bonete llano de armiños blancos. El postrero de todos venia Carlos, duque de Saboya, con una gorra que brillaba y resplandecia por el costoso adorno de perlas, esmeraldas y diamantes. Por honrralle más iba de respeto, para que si fuese necesario quitarse el Cesar la corona, él la lleuasse delante en las manos. Entre el palio y estos señores iba á caballo el Tesorero del Emperador, y de trecho en trecho y á ciertos puestos y calles esparcia y derramaba sobre los circunstantes algunas monedas de oro y plata, donde estaba acuñada la efigie é imagen de Carlos quinto, coronado Cesar, en significacion de la alegría y contento de aquel dia, y para con esto diuertir y desuiar el tropel de la gente popular.

Luego detrás del palio iban dos camareros y dos médicos del Pontífice y Cesar. Despues venian los Prelados ó personas eclesiásticas que más se aventajaban en autoridad ó rentas ó eran Embajadores de algunos Reyes ó Príncipes, así como Gabriel de Agramon Tarbense, francés, y Bernardo, obispo de Trento, alemán, ó algunos que eran del Consejo del Emperador, como fueron Gabriel Barleta, y Gerónimo, obispo de Vassona, con otros muchos. Cerrábase el acompañamiento remataudo su fiesta los Archeros en diuersas esquadras, todos con yelmos en las cabeças y las lanzas en ristre, que no solamente parecian guarda sino tambien adorno de tan grau pompa y fiesta.

Salidos el Papa y el Emperador de la iglesia con el orden y acompañamiento dicho, torçieron un poco su camino sobre la mano izquierda hácia el medio de la ciudad, que es junto á la to-

re Arsinino que compite en altura con todas las de Italia. Desde allí atraesaron una calle colgada de telas blancas y azules, que vá á la puerta de la Romania. Oyanse por las calles alegres voces y parabienes de todo el pueblo en tan universal regocijo, estando las ventanas y puertas llenas de hermosas damas que miraban la fiesta. Pasando adelante, llegaron á una encrucijada que se llama de Chiauaturre, y desuiandose el Emperador del Pontífice llegó á la iglesia de Santo Domingo, donde los canónigos romanos de San Juan de Laterano le recibieron con suma veneracion, y segun lo auian hecho los canónigos de San Pedro, le hicieron canónigo de su Colegio. Acabado esto el Emperador hizo oracion delante el altar de San Juan de Laterano y armó caballeros á muchos nobles que se le pusieron delante, dándoles un liuiano golpe sobre los hombros á cada uno con su espada. No mucho despues por otro camino diferente del que auia ido el Pontífice, se volvió á Palacio.

Estaua aderezada con ricos doseles y colgaduras una grande y espaciosa sala donde el Emperador auia de comer. Junta á ella estaua apegada una pieza ó aposento del Cardenal Hipólito de Medicis. El Emperador que todavia traya sobre la cabeça la corona, se entró en él muy familiarmente, y despejandole, echando fuera casi todos los de su cámara, se quitó su manto y las sandalias, y se vistió una ropa de brocado; y alegre descausó un rato del gran cansancio del manto y peso de la corona. En este medio se oyó gran música de dulçainas y trompetas, y con grande orden y concierto y silencio graue de los que seruiian, se comenzó á seruir la vianda en la mesa. Acudieron los quatro señores que auian ido en la pompa con los mismos ornamentos y vestidos que auian llevado en ella para salir delante del Cesar con las insignias imperiales y otros muchos nobles y caualleros para irle acompañando hasta la mesa. Y antes que saliese el Emperador armó caualleros á siete dellos y principalmente al Marqués de Astorga, que en esta fiesta salió más lucido y galan que todos; y á Filipo, Conde palatino.

Comió el Emperador solo en una mesa algo alta y puesta sobre gradas. Delante dél estaban puestas en ella todas las insignias imperiales. En otra mesa más baja se sentaron en presencia del

Emperador el Duque de Sauoya, el Conde Palatino, el Duque de Urbino y el Marqués de Monferrato. En otra sala más afuera comieron los demás Príncipes y señores.

Alzadas las mesas, el Emperador tomó otra vez el espada y armó caualleros á muchos nobles. Sucedió que queriendo el Duque de Urbino darle el espada desnuda, se cayó el pomo de la empuñadura y dando en el suelo se desencajaron muchas perlas que cayeron á los pies de los circunstantes. Algunos tomaron esto por agüero diciendo que significaba que el Emperador estando ausente alguna vez no auia de poder gouernar bien su ejército, porque tenia necesidad de una cabeza graue y principal. Otros lo interpretaron más felizmente diciendo que el Emperador auia de jugar su espada contra el leuante de donde se traian las perlas y que alcanzando victoria con aquella espada auian de goçar sus capitanes y soldados de las riquezas grandes de los Turcos.

Acabada la coronacion, el Cesar se volvió á Alemania; Antonio de Leiuá á Milan y Wolfgango Queuenhiller por orden del Cesar lleuó su gente al campo imperial, donde era capitán general el Príncipe de Orange, que tenia sitiada á Florencia.»

Madrid, 24 de Abril de 1896.

A. RODRÍGUEZ VILLA.

III.

TOMO III DE LA TECMILA DE ABEN ALABBAR.

Quando emprendí la publicación de la Tecmila de nuestro historiador valeuciano Aben Alabbar, no eran conocidos en Europa más que los tomos I y II de dicha obra, existentes, aunque incompletos, en la Biblioteca de El Escorial.

Antes de terminar la impresión de la parte conocida, nuestro ilustrado correspondiente en Argel, M. E. Fagnan, descubrió en